

Totalitarismo y subjetividad. Aproximaciones para pensar el campo de detención y de exterminio

Mariela Avila¹

Resumen

Esta investigación busca analizar el campo de detención y exterminio a partir de las formas de dominio y terror absoluto que se implementan en los gobiernos totalitarios. Según Hannah Arendt, el verdadero triunfo del totalitarismo reside en demostrar que todo es posible, incluso privar a los hombres de toda capacidad de concertación y de novedad, lo que a su vez, los conduce a una existencia estática que habita en un ámbito de indistinción entre lo humano y lo inhumano, entre la vida y la muerte. Continuando con estos análisis, Giorgio Agamben, por su parte, ve en el campo el resultado de un estado de excepción que deviene permanente y puede convertir a los individuos en musulmanes mediante la aniquilación de su subjetividad y de la posibilidad de hacer política. El autor, mediante una ampliación de la noción de campo demuestra que en las sociedades post-totalitarias, las herramientas totalitarias han sobrevivido y siguen reproduciéndose. Es posible ver entonces, que el campo es un espacio de excepción que se expande y que sigue operando sobre millones de individuos condenados a perder su humanidad.

Palabras clave: campo de detención y exterminio, totalitarismo, estado de excepción, musulmán

Abstract

This research seeks to examine the detention camp and extermination as forms of domination and terror that are implemented in all totalitarian governments. According to Hannah Arendt, the real triumph of totalitarianism lies in showing that anything is possible, even deprive men of all capacity for dialogue and innovation, which in turn leads to a static existence living in an area of indistinguishably between human and inhuman, between life and death. Continuing

¹ Profesora y Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina. Becaria CONICYT de Doctorado para Extranjeros Latinoamericanos. Estudiante de Doctorado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso en co-tutela con la Universidad Paris 8 Saint-Denis de Francia. E-mail: marielnauta@yahoo.com.ar

with this analysis, Giorgio Agamben, meanwhile, sees in the field the result of a state of emergency becomes permanent and can convert the individuals in Muslim through the annihilation of subjectivity and the possibility of doing politics. The author, through an extension of the notion of field shows that in post-totalitarian societies, totalitarian tools have survived and continue playing. You can see then that the field is a space of exception that expands and continues to operate on millions of individuals sentenced to lose their humanity.

Keywords: detention camp and extermination, totalitarianism, state of emergency, Muslim.

“(…) si pudiera encerrar todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen que me resulta familiar: un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y la espalda encorvada, en cuyos ojos no se puede leer ni rastro de pensamiento.”

Primo Levi. *Si esto es un hombre*.

Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* explica que una de las formas que utiliza el gobierno totalitario para mantenerse en el poder, es la implementación del terror absoluto, cuya materialización más clara es el campo de detención y exterminio. En un apartado llamado “*Dominación total*” la autora alude al campo como *la verdadera institución del poder organizador totalitario* (Arendt, 1987, p. 653) por ser un espacio de excepción, en el que se produce una verdadera administración del terror que desdibuja los límites de la vida. En estos laboratorios de la muerte, se lleva a cabo una macabra experimentación con la personalidad humana, que busca erradicar la espontaneidad de los sujetos. Sin embargo, según Arendt, la verdadera finalidad del campo, es la de demostrar que todo es posible, que no hay límites para la acción humana. En sus palabras: “(…) *el infierno totalitario demuestra solo que el poder del hombre es más grande de lo que se había atrevido a pensar y que el hombre puede hacer realidad diabólicas fantasías sin que el cielo se caiga o la tierra se abra*” (Ibid., p. 664). Por otra parte, los campos presentan una estructura de excepción particular, puesto que su formación no ha seguido un curso legal. En su interior los individuos se encuentran en un ámbito de desprotección y desamparo. Es posible ver en el campo el paradigma de la ruptura con cualquier marco legal. Su *modus operandi* se caracteriza por un desconocimiento total de las leyes y de los derechos de los individuos que allí habitan. De esta manera, es posible observar cómo desde el principio, el trato a los prisioneros se produce completamente al margen de la ley. En un primer momento de este proceso, la deportación de los individuos no sigue un camino legal ya que no hay un delito cometido por los prisioneros, tampoco existe un juicio previo, y menos aún el establecimiento claro de una condena. En este marco, los deportados son guiados, mediante la violencia y en circunstancias inhumanas, hacia un espacio totalmente desconocido del que no saben qué esperar.

Una vez que los individuos están internados en el campo, el primer paso en el camino hacia la dominación total consiste en la aniquilación de su persona jurídica. En efecto, no existe crimen ni condena, sino sólo una violencia descarnada que hace patente la desaparición total de los derechos y garantías. Los prisioneros dentro del campo no son ya ciudadanos de ninguna nación, no poseen derechos civiles ni respaldo político, quedando así desamparados a la voluntad de una maquinaria que busca la dominación total y la aniquilación de su humanidad. De esta manera, es posible ver el proceso de asesinato de la persona civil de los deportados, puesto que se los convierte en individuos apátridas sin derechos. Los derechos se enmarcan dentro de una nación que los garantiza, y ellos, al haber quedado definitivamente expulsados de cualquier Estado, no los poseen, lo que implica a su vez, la falta de reconocimiento y de un posible respaldo internacional.

El siguiente paso en el camino del terror es el asesinato de la moralidad de los sujetos. Debido a las condiciones de vida indigna a las que son sometidos, y

en las que deben sobrevivir los individuos dentro del campo, es prácticamente imposible mantener rastros de moralidad en el obrar cotidiano. Se pierde entonces toda referencia ética, y el total aislamiento se convierte en el terreno ideal para eliminar toda posibilidad de solidaridad. Incluso, en muchos casos, los prisioneros fueron convertidos en cómplices directos de la barbarie. Entre ellos, el ejemplo más claro son los escuadrones de *Sonderkommandos* que eran los encargados de retirar los cadáveres de las cámaras de gas, de revisar los orificios de los muertos en busca de joyas o piedras preciosas, de sacarles los dientes de oro, entre otras tareas aberrantes. En palabras de la autora: “*A través de la creación de condiciones bajo las cuales la conciencia deja de ser adecuada y el hacer el bien se torna profundamente imposible, la complicidad consciente organizada de todos los hombres en los crímenes de los regímenes totalitarios se extiende a las víctimas y así se torna realmente total.*” (Ibid., p. 672)

Sin embargo, aclara Arendt que el último paso en este proceso de control total sobre los prisioneros no es la aniquilación de la moralidad, sino la destrucción de su individualidad. Lo único que aún puede mantener en pie a sujetos bajo esas condiciones de vida es la persistencia de un dejo de individualidad, de aquello que los diferencia del resto de los hombres. No obstante, luego de las torturas y faltas de reconocimiento en las que deben sobrevivir los prisioneros, la aniquilación de la singularidad no impone mayores dificultades. La destrucción de la individualidad tiene como consecuencia el exterminio de la espontaneidad, de la capacidad de lograr algo nuevo, situación que conduce a los individuos a un estado de superfluidad.

En este punto, es necesario remarcar que para Arendt no sólo los prisioneros habitan en una situación de superfluidad, sino que también los individuos que erigen y mantienen el régimen totalitario están sumidos en ella, ya que son parte de lo que la autora ha dado en llamar el *mal radical*. Esta categoría alude a la voluntad de hacer el mal por el mal mismo, y no simplemente a la confusión de parámetros que conduce a hacer el mal porque se cree estar obrando a favor del bien, como afirma Kant. El mal radical ha demostrado que todo es posible, que no hay límites para el obrar, y que quien ha salido perjudicado en esta ampliación de las fronteras del actuar no es sólo el judío, sino la humanidad entera. Con la instalación del totalitarismo y sus maquinarias de la muerte, lo que ha quedado en evidencia es la necesidad del replanteamiento de la estructura moral de la humanidad, porque las categorías de pensamiento político y ético, así como las tradiciones, se han visto sobrepasadas y ajadas por la puesta en obra del mal radical.

Cabe destacar, que la categoría de mal radical es utilizada por Arendt principalmente en *Los orígenes del totalitarismo*, y que luego, con el correr de los años, y a partir de su participación como corresponsal en el juicio de Eichmann, comienza a hablar de *banalidad del mal*. El cambio de categorías que realiza Arendt, responde a un proceso en el que lleva a cabo un nuevo análisis de la noción de mal. En este punto, la autora se aboca a revisar la relación que existe entre el hombre completamente normal que puede convertirse en asesino, y que una vez concluida su tarea criminal, regresa a su vida cotidiana. La banalidad del mal está signada por la falta de reflexión y de juicio, por una incapacidad de distinguir el bien del mal, que tiene como consecuencia gobiernos totalitarios, y la implementación de tecnologías como Auschwitz.

Hay que notar sin embargo, que, según la autora, el verdadero triunfo del totalitarismo reside en convertir a los hombres en *cuasi-animales*, en privarlos de toda reacción humana, de toda capacidad de concertación y de novedad, lo que a su vez, los conduce a una existencia estática que habita en los límites de la vida.

No obstante, para que esta mecánica implementada por el campo tenga éxito, es indispensable un total aislamiento de los individuos de la realidad. Es necesario que los prisioneros sean sumidos en un ámbito de indistinción entre lo humano y lo inhumano, entre la presencia y el olvido, entre la vida y la muerte. Al respecto dice Arendt, “*En cualquier caso, el resultado final es el hombre inanimado, es decir, el hombre que ya no puede ser psicológicamente comprendido y cuyo retorno al mundo psicológicamente humano se parece estrechamente a la resurrección de Lázaro*” (Ibíd., p. 656).

En *Lo que queda de Auschwitz*, Giorgio Agamben lleva a cabo un interesante análisis de los campos de detención y exterminio a la luz de diversos testimonios. En este trabajo, el autor centra su atención en un grupo de hombres que habitan en el campo a los que se ha dado en llamar *musulmanes*. Luego de analizar las diferentes versiones sobre el origen de este término, Agamben señala que la explicación más probable es la que alude al vocablo árabe *muslim*, que es aquel que se somete incondicionalmente a la voluntad de Dios. Sin embargo, aclara el autor, que el *muslim* islámico es el que ve en todo momento la voluntad de Alá, mientras que el musulmán que habita Auschwitz es el que ha perdido toda voluntad.

Una de las características principales de estos individuos es el haber perdido la capacidad de lenguaje, de poder comunicarse con otros. Son aquellos sujetos que han chocado con la circunstancia del campo, y que han caído antes de poder adaptarse, y en esa caída han perdido toda pulsión de vida. Su existencia se desarrolla en un ámbito de indistinción entre la vida y la muerte.

El musulmán es aquel sujeto que no presenta ningún indicio de voluntad, que ha sido abandonado por su conciencia, que apenas logra sobrevivir, y que causa rechazo entre los demás prisioneros. Los deportados no soportan su presencia, porque se reconocen en él, el musulmán representa el estado de la derrota al que todos temen llegar: “*El musulmán es unánimemente evitado en el campo porque todos se reconocen en su rostro abolido*” (Agamben, 2005 p. 53), pues en el fondo, saben que ese punto marca un límite del que no hay retorno.

Desde esta perspectiva, es posible pensar entonces, que estos sujetos sean el ejemplo tangible del triunfo del poder totalitario sobre los individuos, que sean la prueba de que es posible aniquilar la humanidad de los hombres, tal como indica Arendt. Agamben explica que el musulmán más allá de ser el individuo que habita entre la vida y la muerte, es el hombre que se convierte en no-hombre, que cruza la delgada línea que divide la humanidad y la no-humanidad. En sus palabras: “*Hay, pues, un punto en el que, a pesar de mantener la apariencia de hombre, el hombre deja de ser humano. Ese punto es el musulmán y el campo es su lugar por excelencia*” (Ibíd., p. 56).

Se puede ver entonces, que los laboratorios de la muerte de los que habla Arendt, cuyo fin es convertir a los hombres en superfluos, lograron su cometido. El resultado de esta experimentación con la vida es el musulmán, un sujeto sin

reacciones, sin lenguaje, sin capacidad de concertación, y por tanto de novedad. El musulmán es el ejemplo tangible de la animalización y despolitización del hombre. Él demuestra hasta qué punto en los gobiernos totalitarios todo es posible, muestra también hasta qué punto se puede experimentar con el hombre y erigir un tercer reino entre la vida y la muerte.

Según Aristóteles, el hombre es el animal que tiene el don de la palabra. Un don que le sirve para comunicar lo justo y lo injusto, para dialogar con los demás, para hacer política. Ahora bien, si la política es el lugar de la palabra, ya que posibilita el acuerdo o el desacuerdo, ¿qué sucede con los hombres que han perdido ese don?, ¿qué sucede con el musulmán? Sin palabra no hay política, pero con todo, la historia ha mostrado que hay hombres que ya no tienen palabras, y sin embargo siguen siendo hombres. Es necesario preguntarse entonces qué sucede con la política en el caso de los individuos que no pueden concertar, que no poseen el logos. ¿Acaso se volverá a negar su humanidad? Cuando esta problemática sale a la luz e interpela al pensamiento, la política llega a un grado cero, en el que necesita ser repensada desde la posibilidad de que no sea el logos la única característica que distingue al hombre del animal. La política debe buscar nuevos elementos para definirse y producirse, porque los límites que ostenta excluyen a numerosos grupos de individuos que no se enmarcan en ellos.

A partir de estas reflexiones, Agamben hace extensivo el paradigma del campo a la totalidad de la política. Para ello analiza *La política* de Aristóteles, y continuando un análisis emprendido por Foucault, fija su atención en la distinción de palabras que tenían los griegos para referirse a la vida: *Zoê* y *Bios*. La *Zoê* hace alusión a una vida natural, reproductiva, que queda reducida al ámbito de lo privado, en tanto que la *Bios* es la vida con otros, una vida cualificada que se despliega en la ciudad y posibilita la política. De esta manera, Agamben busca demostrar cómo desde sus orígenes la política ha tomado la forma de una exclusión que ha expulsado a la vida natural, la *Zoê*, de la comunidad, y sin embargo, es a partir de su exclusión que la ha incluido, implicando su administración.

Agamben extiende la propuesta foucaultiana e indica que la vida en tanto *Zoê* ha estado en el centro de la especulación política desde el surgimiento de la soberanía. Es el soberano, mediante su declaración del estado de excepción que mantiene el orden vigente, a través de la creación de un espacio jurídico, quien puede administrar la *Zoê*. De esta manera, la nuda vida, *Zoê*, se coloca en el centro del pensamiento político, lo que implica su gestión e incluso su producción. A este respecto, el autor indica, que el espacio por excelencia para la producción de la *nuda vida* es el campo de detención y exterminio, como el lugar donde los ciudadanos son reducidos a su último límite de humanidad.

Agamben postula que cuando el estado de excepción, en principio temporal, se vuelve permanente, emerge el campo², y agrega: “*Auschwitz es precisamente el lugar en que el estado de excepción coincide perfectamente con la regla y en que la situación extrema se convierte en paradigma mismo de lo cotidiano*” (Agamben, 2005, p. 50). Así, el campo es el resultado de un estado de excepción que ha suspendido todos los derechos y garantías de los individuos. Al quedar desamparados y sin respaldo, los sujetos son susceptibles de ser convertidos en *nuda vida* mediante la aniquilación de su subjetividad.

² <http://www.scribd.com/doc/6804990/Agamben-Que-Es-Un-Campo>

Ahora bien, es necesario aclarar que Agamben lleva a cabo una ampliación de la noción de campo, ya que no sólo se refiere a los *Lager* nazis, sino que hace extensiva esta categoría a diversos espacios en los que reina la excepción. Ejemplo de esto son los campos de concentración en Kosovo, Guantánamo, los centros de detención clandestinos en las dictaduras latinoamericanas, pero también los barrios periféricos de las grandes ciudades, que muchas veces quedan librados a su suerte, y las zonas de detención de inmigrantes ilegales, entre otros. En estos espacios se lleva a cabo una administración de la *nuda vida* de los individuos, que los conduce a su despolitización, y más aún, puede convertirlos en musulmanes. Hay que remarcar que estos análisis han despertado numerosas críticas, y que diversos pensadores no comparten la idea de extender el campo a todos los escenarios políticos actuales. Sin embargo, es necesario reconocer que la utilidad y riqueza de esta propuesta radica en proporcionar una matriz de análisis de la política contemporánea, lo que posibilita dar una nueva mirada a las situaciones de excepción actuales.

Ya Arendt habló del peligro que implicaba que métodos y soluciones totalitarias sobrevivieran al gobierno totalitario, y que debido a factores actuales tales como superpoblación, masas de individuos desarraigados, refugiados, o grupos de hombres no productivos, se hiciera uso nuevamente de las herramientas que lograron eliminar la humanidad de los hombres.

Ahora bien, el musulmán es el individuo cuya humanidad ha sido violentamente llevada a extremo, es el abandono de toda voluntad racional, la pérdida de la palabra. Sin embargo, en la política contemporánea es posible ver que hay diversos grados de violencia, ya que esta no necesariamente se inscribe en el cuerpo. La violencia es también el desconocimiento y la negación de derechos y garantías, anida a su vez en el manejo y la gestión sobre la vida de los individuos. En sociedades post-totalitarias las herramientas totalitarias han sobrevivido y siguen reproduciéndose. Los espacios de excepción se multiplican y recrean, e inventan nuevas prácticas de aniquilación de la subjetividad. Ante este panorama, se produce una ruptura entre el hombre y el ciudadano, los derechos de los individuos existen si hay un marco que pueda otorgarlos, ¿pero qué sucede en el caso de los inmigrantes ilegales, de los refugiados? La falta de reconocimiento es también una forma de violencia, cuya mayor consecuencia es nuevamente la creación de individuos superfluos, de individuos sin espontaneidad ni capacidad de hacer política.

Es posible ver entonces, que el campo es un espacio de excepción que se expande, que sigue operando sobre millones de individuos que han sido condenados a perder su humanidad. Queda entonces de manifiesto que la violencia no necesita ser física para conducir a la muerte y que el límite entre lo humano y lo inhumano es muy frágil, por lo que puede ser quebrado en cualquier momento.

En los campos nazis se logró demostrar que todo es posible, que los experimentos con la vida no tienen límites. Sin embargo, y ante esta perspectiva, no hay que olvidar las palabras quizá más esperanzadoras de Arendt: *con cada nacimiento algo nuevo llega al mundo*.

Bibliografía.

Agamben, Giorgio. *¿Qué es un campo?* Traducción Flavia Costa. Consultado el 16 de octubre de 2009. URL: <http://www.scribd.com/doc/6804990/Agamben-Que-Es-Un-Campo>

Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Valencia, Pre-textos, 2005.

Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida. Valencia, Pre-textos, 2006.

Estado de excepción. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2007.

Moyens sans fins. París, Éditions Payot & Rivages, 2002.

Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo.* Madrid, Alianza, 1987.

Crisis de la República. Madrid, Taurus, 1998.

¿Qué es la política? Barcelona, Paidós, 1997.

De la historia a la acción. Barcelona, Paidós, 1995.

Eichmann en Jerusalén. España, Lumen, 2001.

Aristóteles. *La Política.* Madrid, Gredos, 1994.

Levi, Primo. *Si esto es un hombre.* Barcelona, El Aleph, 1987.

Reyes Mate, Manuel. *Memorias de Auschwitz.* Madrid, Trotta, 2003.

Schmitt, Carl. *Legalidad y legitimidad.* Madrid, Aguilar, 1971.